

Lic. Luis Balaña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata).

*Director y editor responsable:* P. Dr. Alberto Espezel

*Secretaria de redacción:* Prof. Cristina Corti Maderna

# COMMUNIO

	<b>5 El Espíritu Santo</b>
<i>Walter Kasper</i>	<b>6 El Espíritu da la vida</b>
<i>Michael Figura</i>	<b>17 El Espíritu Santo y la Iglesia</b>
<i>Paul Mc Partlan</i>	<b>31 El Espíritu Santo y la Confirmación</b>
<i>Alberto Espezel</i>	<b>42 Iglesia, Eucaristía y Espíritu Santo</b>
<i>Víctor Fernández</i>	<b>48 La renovación pentecostal y los carismas</b>
<i>Virginia R. Azcuy</i>	<b>66 El viento sopla donde quiere...</b>
<i>Dom Robert Le Gall O.S.B.</i>	<b>80 Dos himnos al Espíritu Santo: El <i>Veni Creator Spiritus</i> y el <i>Veni Sancte Spiritus</i></b>
<i>Olegario González de Cardedal</i>	<b>96 Testimonio: Estaciones de un camino</b>

---

# "El Espíritu da la vida"

## Meditación teológica sobre el Espíritu Santo

*por Walter Kasper\**

### I. El clamor por el Espíritu: ¡Ven, Espíritu Creador!

"Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida": así empieza el tercer artículo de la confesión de fe común a todas las grandes iglesias cristianas, el que fue promulgado por el segundo Concilio de Constantinopla en el año 381. Una antigua confesión que, sin embargo, hasta hoy constituye uno de los más fuertes vínculos entre las iglesias separadas. Pero cuando debemos decir qué significa concretamente esa confesión (art. de fe), aflora la inseguridad. No nos sucede exactamente como a los discípulos de Apolo en Efeso, cuando Pablo les preguntó: "¿Han recibido también el Espíritu Santo cuando se hicieron creyentes?" y ellos respondieron: "Nosotros no hemos escuchado todavía ni una vez que haya un Espíritu Santo" (Hech 19,2), la mayoría de los cristianos actuales dicen: "Nosotros hemos oído ciertamente que hay un Espíritu Santo, pero hemos experimentado poco de él".

La auténtica raíz de la presente dificultad en el tema "Espíritu Santo" está en la situación espiritual del tiempo y su ausencia de espíritu. El descubrimiento del mundo del espíritu y de las ideas fue la hazaña del antiguo pensamiento griego; el espíritu era considerado en toda la tradición occidental no solamente como una realidad más, sino como la realidad por excelencia. Todavía en la filosofía moderna del Idealismo alemán el espíritu era el concepto rector fundamental. El espíritu era considerado como la totalidad fundante de sentido, de unidad y portadora de la diversidad de los fenómenos. La realidad total que el espíritu atraviesa y unifica posibilitaría conocer lo propio en lo extraño y hacerse fa-

\* *Walter Kasper, obispo de Rottenburg - Stuttgart. Miembro de la edición alemana de *Communio*, autor de diversas obras. Se publica el presente artículo con la autorización del autor y del "Informationszentrum Berufe der Kirche", editora de "Antwort des Glaubens", Freiburg im Breisgau.*

miliar con él. Esta filosofía del espíritu se desmoronó bruscamente en la segunda mitad del siglo XIX. La interpretación idealista cedió, a partir de entonces, a una materialista y evolucionista. La realidad material ya no es concebida desde entonces como manifestación del Espíritu, sino al revés, el espíritu es concebido como epifenómeno de la realidad material, como superestructura sobre el proceso económico-social o como placebo o sublimación de las necesidades humanas. Finalmente, se reclamó, en nombre de una comprensión de la ciencia positivista y así llamada exacta, abandonar el concepto "espíritu" a causa de la diversidad de sus interpretaciones y de la imposibilidad de definirlo exactamente, y callar, puesto que no se puede hablar con exactitud sobre él. Resulta fácil comprender que ese pensamiento materialista y positivista debía derivarse en nihilismo, es decir, en una degradación y transformación valorativa de todas las ideas, valores e ideales vigentes hasta el momento, los cuales cayeron bajo la sospecha de ser meros intereses ideológicos individuales o colectivos.

Lo visto hasta ahora explica solamente una parte de nuestra situación. Puesto que lo que hasta el momento se ha entendido bajo el concepto de "espíritu" en la historia europea, está nuevamente presente hoy; y de una manera que realmente asusta, bajo el "modus" de la ausencia. La realidad en que se vive hoy revela ausencia de espíritu, de alma, y es semejante a una mera fachada. En ella todo orden es experimentado como presión y el individuo aislado se ve frente a procesos oscuros que generan en él angustia y bloqueo. En el marco de este estado de cosas, la búsqueda de aquello que una vez se entendió por "espíritu" se traduce en una pluralidad de utopías sobre un mundo mejor, más hermoso y armónico.

Pero esas utopías, ya sea la occidental de la evolución, ya la marxista de la Revolución, han fracasado lastimosamente en nuestro siglo. El fracaso de la utopía del progreso es evidentemente la raíz de las condiciones exteriores y económicas y de los peligros que acechan para todos en el desarrollo técnico. Pero entre tanto se ha hecho claro que toda revolución está signada por la violencia y la injusticia que ellas quieren combatir, pero que a su vez deben aplicar a sí mismas. De este modo se introduce el germen de una nueva injusticia y violencia en el pretendido orden mejor. No hay pues ninguna revolución que más tarde no hubiera de ser traicionada, porque los antes oprimidos se transformaron en nuevos opresores. La huida hacia el interior y hacia el éxtasis, ya sea religiosa, ya sea un placebo, no es evidentemente ninguna solución. Tampoco se pue-

de pasar por alto en estos intentos de huida el clamor por aquello que se entiende por "espíritu".

El arte es el único representante legítimo de la perfección humana, del ideal utópico de una realidad íntegra, indivisa, que concluye felizmente. Lo bello es según la filosofía clásica lo que transparenta corporalmente las ideas (Platón); la aparición material de la Idea (Hegel); la libertad manifestada (Schiller) o -como hoy frecuentemente se dice- la anticipación de la reconciliación definitiva (Bloch, Adorno). En la obra de arte, al menos según la concepción clásica, se da una anticipación de aquello que la fe cristiana espera como una acción del Espíritu Santo: la transfiguración de la realidad. Claro que hoy el arte opina frecuentemente que, bajo las condiciones del estado de ausencia de espíritu, esa tarea solamente puede cumplirse a manera de crítica, protesta y negación. Así subsiste la pregunta de cómo es posible la transformación del mundo y de los hombres, de cómo es posible la reconciliación del hombre y del mundo, del hombre y el hombre. Este interrogante continúa sin respuesta en el arte de hoy. La pregunta sobre lo que se entendió alguna vez por espíritu sigue vigente sin que se tenga a la vista una respuesta. El mensaje cristiano sobre el Espíritu Santo quiere retomar esta pregunta y contestarla de un modo superador. Ella es la respuesta a la necesidad y crítica de nuestra época, la que es -admitáselo o no- un único clamor: ¡Ven, Espíritu creador, y renueva la faz de la tierra!

## **II. El mensaje cristiano como fuerza de vida y dador de vida**

### **1. El Espíritu de Dios como poder creador de Dios**

El significado fundamental que está en la base de la palabra "espíritu" es en las lenguas hebrea y griega: viento, respiro, aliento -y, ya que el aliento es signo de vida: vida, alma-. Imágenes que a su vez adquieren un sentido figurado: espíritu. El espíritu es la fuerza dadora, generadora de vida; que obra en todo; que saca y arranca de lo habitual y lo seguro y produce lo extraordinario y nuevo. La Biblia nos presenta esta concepción; pero, al mismo tiempo, la critica y la supera. Para la Biblia, el Espíritu no es ninguna fuerza impersonal; el Espíritu no es inmanente al hombre, por así decir, un principio perteneciente a él; él designa más bien la vida como vida creada y sustentada por Dios. "Escondes tu rostro, y ellos se turban; les retiras el aliento y disminuyen y vuelven al polvo de la tierra. Envías tu espíritu, y todo será recreado, y renovarás la faz de la tierra" (Sal mo 104,29 y 55). Así el Espíritu de Dios es la fuerza creadora

de vida en todas las cosas. Su espíritu ruge ya en el principio de la creación sobre las aguas primigenias (cf. Gén 1,2). "El cielo fue creado por la Palabra del Señor, todo su ejército por el aliento de su boca" (Sal 33,6). Este Espíritu de Dios está en contraposición con la debilidad y transitoriedad del hombre, se diferencia del poder y de la sabiduría humanos. Él es quien todo lo crea, mantiene, conduce y guía. " El espíritu del Señor llena el orbe, y él, que todo mantiene unido, conoce cada voz" (Sab 1,7).

En las afirmaciones bíblicas sobre el Espíritu no se trata de cualquier conocimiento especial esotérico o de una pura realidad interior. En la misión del Espíritu de Dios se trata de la vida simplemente como sentido de la vida, como el "desde dónde" y el "hacia dónde" de la vida, como la fuerza de la vida. Hablar del Espíritu, por tanto, significa también observar y escuchar las huellas, las expectativas como las vanidades de la vida. Donde esté la verdadera vida, allí está obrando el Espíritu de Dios. Por tanto "toda verdad, por cualquiera que sea anunciada, viene del Espíritu Santo" (Ambrosio).

## **2. El Espíritu de Dios como fuerza divina generadora de historia.**

En el Credo se dice del Espíritu Santo: "El ha hablado por los profetas". El Espíritu es evidentemente para la confesión eclesial no solamente fuerza creadora, sino también fuerza divina generadora de historia. Él interviene hablando y obrando en la historia, para lograr que a través suyo se logre el objetivo escatológico de la historia: Dios todo en todo (1 Cor 15,28).

El Espíritu de Dios llama a ciertos hombres de entre los hombres, los inspira y habilita para lo extraordinario. Encontramos testimonios de ello en las Sagradas Escrituras. Moisés (Neh 11,25), Josué (Núm 27,18), ante todo los Jueces (Rey 3,10; 6,34, etc.) y especialmente el último de los Jueces y el primero de los Reyes, Saúl (1 Sam 10,6; 19,23), son tales hombres llenos del Espíritu. A partir de David el espíritu ya no interviene más en un mero acontecimiento, inesperado y ocasional, en vistosos fenómenos extáticos y carismáticos, o por así decirlo, a manera de "happening", sino que permanece ahora sobre David y descansa sobre él (1 Sam 16,13). Así David se torna en prefiguración y arquetipo de la esperanza mesiánica. El Mesías que viene (Is 11,2) o bien el Siervo de Dios (Is 42,1) será esperado como el portador del espíritu.

Esta es la expectativa del Antiguo Testamento, que el Espíritu de Dios al final del tiempo transforme los desiertos en paraíso y haga de ellos un lugar de justicia y derecho (Is 32,15). El despertará al pueblo muerto a nueva vida (Ez 27,1-14) y le creará un nuevo corazón (Ez 36,26; Sal 51,12). Finalmente, se espera para el final del tiempo un derrama-

miento general del espíritu "sobre toda carne" (Joel 3,1). El espíritu es por tanto, quien guía a la creatura que persevera en sollozos, anhelando la meta, el reino de la libertad de los hijos de Dios (Rom 8,19). Esto no quiere decir que el Espíritu obre solamente en el futuro sino también ya en el presente. "Mi espíritu está en medio de ustedes, no teman" (Ag 2,5). Pero el actual obrar del Espíritu apunta hacia la transformación y perfección escatológicas. "No por la fuerza ni la violencia, sino por mi espíritu debe suceder eso" (Zac 4,6). El espíritu como fuerza divina generadora de historia provoca entonces la transformación no violenta del corazón humano, que prepara la transformación y transfiguración del mundo.

### 3. El Espíritu Santo como persona

Según el Credo, el Espíritu Santo es, no solamente un don y una fuerza impersonal, ni tampoco sólo Dios en su presencia creadora, dadora de vida y salvífica en el mundo y en la Iglesia, sino que es también el donante personal de esos dones, persona divina. El anhelo y la esperanza del hombre, que como Imagen de Dios fue creado (Gen 1,27), es tan grande y tan profundo, que sólo Dios es lo suficientemente grande como para llenarlos. La persona encuentra su plenitud solamente en la persona. Por eso sólo la autocomunicación personal de Dios puede ser la plenitud y consumación definitivas del hombre y su mundo. Esa autocomunicación de Dios al hombre y al mundo ha acaecido de una vez por todas en Jesucristo; y es actualizada una y otra vez en la historia de la Iglesia y de los cristianos individuales a través de la autocomunicación del Dios de Jesucristo en el Espíritu Santo.

Ya en el Antiguo Testamento se desarrolló en la literatura sapiencial el concepto de la sabiduría, como de una hipóstasis relativamente independiente de Dios, la cual más adelante habrá de ser pensada como idéntica al espíritu (Sab 1,6; 7,7.22.25). En el judaísmo post-bíblico puede hablarse del espíritu en categorías personales, como el que habla, clama, amonesta, se conduele, llora, se alegra, consuela; él aparece como testigo contra los hombres o como abogado defensor de los hombres delante de Dios. El Nuevo Testamento se sirve de un modo semejante de hablar: se habla del gemir del Espíritu y de su orar en nosotros; el Espíritu aboga por nosotros junto a Dios (Rom 8,26). Él nos da testimonio del Espíritu. El distribuye sus dones como quiere (1 Cor 12,11). Todas éstas son expresiones personales o, al menos, personalizantes. En el evangelio de Juan el Espíritu es el otro asistente al lado de Jesús (Jn 14,16), y por eso debe ser comprendido en modo personal, en analogía con Jesús de Nazareth. Por una parte, él es enviado por el Padre en nombre de Jesús, pero aparece también de nuevo independientemente frente el Padre (1 Jn 2,1).

Hay también en el Nuevo Testamento suficientes indicios de una relativa independencia del Espíritu de Dios y de una comprensión personal sobre él. El Nuevo testamento conoce también fórmulas trinitarias correspondientes, de las que el mandato bautismal es el más conocido (Mt 28,19).

Los Padres de la Iglesia, cuando se trata el tema de la igualdad del Espíritu Santo frente al Padre y frente a Jesucristo, se basan ante todo sobre este mandato bautismal y sobre la praxis del bautismo "en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo". La discusión sobre la verdadera divinidad del Espíritu Santo se produjo en el siglo IV, cuando los así llamados pneumatómacos, es decir los enemigos del Espíritu, afirmaron que el Espíritu es solamente un servidor o un intérprete de Dios y de Jesucristo, una especie de ser angélico, según muchos un ser intermedio entre Dios y las creaturas. Contra ésto se volvieron los grandes padres capadocios: Basilio el Grande, Gregorio de Nacianso y Gregorio de Nysa. Atanasio de Alejandría, el que antes había defendido la divinidad de Jesucristo, defendió entonces también la divinidad del Espíritu Santo, ante todo con el siguiente argumento: nosotros podemos participar en la naturaleza divina y ser divinizados a través del Espíritu Santo solamente si el mismo Espíritu Santo es Dios. De esta manera, para los Padres de la Iglesia la cuestión de la divinidad del Espíritu Santo no es un puro problema especulativo para discutir, sino una pregunta fundamental para la salvación: la divinización del hombre, es decir su comunidad y amistad con Dios.

El Concilio de Constantinopla del año 381, el que más tarde fue designado como segundo Concilio Ecuménico, se ocupó de esa disputa y agregó en el Credo la siguiente expresión: "Creemos...en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre, que con el Padre y el Hijo merecen igual adoración y gloria, que habló por los profetas". De este modo se dice que el Espíritu Santo es "Señor", lo que significa en el lenguaje de la Biblia y de los Padres de la Iglesia que él es de naturaleza divina. Él es no solamente Don de Vida, sino también dador, donante de vida. El no ha sido creado por el Padre, no es pues creatura, sino que procede del Padre, según lo afirma Jn 15,26. A él se le debe la misma adoración y glorificación que al Padre y al Hijo.

Ese credo es el fundamento común de todas las grandes iglesias de Oriente como de Occidente. En Occidente, a partir del siglo VI, a la expresión "procede del Padre" le fue agregada lo siguiente: "y del Hijo" (Filioque). Este complemento occidental, que en Roma fue incorporado a la profesión de fe recién en el siglo XI, fue uno de los más importantes puntos de disputa en la separación entre la Iglesia de Oriente y de Occiden-

te, disputa que hasta hoy no ha sido depuesta. La Iglesia de Occidente consideró ese complemento no como un agregado en cuanto al contenido, sino como una interpretación que debe expresar que el Espíritu es el Espíritu de Jesucristo (Rom 8,9; Fil 1,19), el Espíritu del Señor (2 Cor 3,17) y el Espíritu del Hijo (Gál 4,6). El no es un puro espíritu ilusorio, sino que, según el Evangelio, debe ser medido con la persona y la obra de Jesucristo y, a partir de allí, ser comprendido. Esto es en sí mismo también la convicción de la Iglesia de Oriente. En el fondo, Oriente y Occidente testimonian una única y misma fe en una conceptualización y mentalidad diferentes.

### III. Teología del Espíritu Santo.

#### 1. El ser divino del Espíritu Santo.

Una teología del Espíritu Santo se enfrenta con especiales dificultades. Mientras que el Hijo, la segunda persona divina, en Jesucristo ha adoptado un rostro humano, el Espíritu Santo está, por decirlo así, como sin rostro. Él es como el viento, sopla donde quiere; "escuchas su soplo, pero no sabes ni de dónde viene ni adonde va" (Jn 3,8). Frecuentemente por esta razón se llama al Espíritu Santo el Dios desconocido. Una teología, esto es una comprensión profunda de la fe en el Espíritu Santo, solamente es posible partiendo del obrar y de los efectos del Espíritu en la historia de salvación y desde allí buscar determinar su misteriosa realidad. El punto de partida de una teología del Espíritu Santo no es cualquier tipo de especulación, sino las concretas experiencias históricas del Espíritu, experiencias que son testimoniadas en la Escritura y en la tradición que las explica.

La Escritura describe el obrar y los efectos del Espíritu Santo apelando a variadas figuras y conceptos: aliento, aire, viento -agua de vida - fuego - bálsamo - sello - paz. La designación del Espíritu Santo más importante es la de don (Hech 2,3-38; 8,20 y otros); él es el amor de Dios derramado en nuestros corazones (Rom 5,5). Partiendo desde aquí los Padres de la Iglesia, especialmente Agustín y, siguiéndolo a él Tomás de Aquino, han desarrollado una teología del Espíritu-don.

Por supuesto, en el orden salvífico cristiano todo don inmerecido e inmerecible es gracia. De una manera abarcadora e insuperable nos fue revelado en Jesucristo que Dios es amor (1 Jn 4,8.16). Sin embargo, como hombres, especialmente como hombres pecadores, no podríamos en absoluto concebir en el justo modo esa libertad de Dios en el amor. Esta-

ríamos continuamente en el peligro de fabricar a nuestra medida la imagen de Dios y de degradar a Dios en ídolos, es decir en cumplidos e instrumentos de nuestras necesidades e intereses humanos, si Dios no nos hubiera dado al Espíritu Santo como Espíritu de fe (2 Cor 4,13), con el que ilumina los ojos de nuestra alma (Ef 1,18), estaríamos continuamente en el peligro de fabricar a nuestra medida la imagen de Dios y de degradarlo en ídolo, es decir, en cumplidor e instrumento de nuestras necesidades e intereses humanos.

El Espíritu Santo nos autoriza y alienta a tratar a Dios como a Padre (Rom.8,15; Gál.4,6). El nos capacita para que reconozcamos subjetivamente como tal el amor de Dios manifestado objetivamente en Jesucristo. Recién en el Espíritu Santo podemos conocer a Dios como Aquel que es: Dios, el que como Padre infinito está por encima de nosotros, el que como Hijo está en medio de nosotros como nuestro hermano y el que habita en nosotros como Espíritu Santo, para permitirnos conocer al Padre a través de Jesucristo. Recién en el Espíritu Santo se nos abre el ser-don de Dios y la gratuidad de Dios; El es para nosotros el ser-don de Dios en persona.

Si el Espíritu Santo no fuera primero en sí mismo y desde toda la eternidad don y amor, no podría hacer manifiesto y presente "para nosotros" el más profundo e íntimo misterio del amor de Dios. Si Dios es el amor, no puede ser entonces un puro ser aislado, que gira solitario en torno de sí mismo. El Espíritu Santo es el amor en persona, que está en Dios entre el Padre y el Hijo. El es en cierta medida la comunidad inefable de amor y de alegría del Padre y del Hijo. Puesto que El expresa de tal manera lo más profundo de Dios, es a la vez lo más exterior de Dios, la posibilidad y realidad del ser-fuera de sí de Dios. En el Espíritu Santo, Dios tiene la posibilidad, a través de la creación, de participar su plenitud óptica, y más aún en la historia de salvación, de comunicarse El mismo al hombre, y ofrecerle su amistad y comunión de vida. El Espíritu Santo es, por así decirlo, como una pura sobreabundancia y desborde de amor y de gracia. El muestra –como lo dice Agustín– que desde toda la eternidad Dios es "donable", es decir, que El es desde toda la eternidad y en un sentido muy profundo, un Dios de los hombres, Aquel que da a los hombres no solamente algo, sino que quiere y puede darse El mismo a ellos. El es el futuro eterno del amor.

## **2. El Espíritu Santo como el don de gracia de Dios y como**

**consumación del mundo**

Ya en la creación Dios se nos aparece como pura sobreabundancia, como desborde de amor y de gracia. Por eso, para el creyente nada es casual, sino que considera todo como don y regalo de Dios. El puede experimentar el amor de Dios y las huellas de su Espíritu aún en las cosas insignificantes y cotidianas, en los acontecimientos y en los encuentros de cada día. El Espíritu orienta la realidad íntegra hacia su consumación definitiva. Esta acción y eficacia del Espíritu se pone de manifiesto en toda oportunidad donde se suscita vida, donde la realidad puja por superarse a sí misma en el éxtasis, donde lo que tiene ser logra vencer sus límites, donde se evidencia la búsqueda y el esfuerzo del hombre y de los pueblos a lo largo de la historia. De modo especial podemos reconocer las huellas del Espíritu allí donde los hombres escapan a la cárcel de sus egoísmos, donde se aman, perdonan y disculpan los unos a los otros, donde se hacen el bien y se ayudan, sin esperar ni exigir retribución alguna. El hombre se encuentra a sí mismo y su propia plenitud y consumación solamente en el ejercicio de tal amor superador de sí mismo y altruista y no en una egoísta obsesión por sí mismo y la propia autorealización. La perfección del ser humano no estriba en el tener ni en el poseer, sino en el dar, regalar y participar. Donde ello ocurre es anticipado ya en el hoy algo de la consumación y transfiguración final del mundo.

Ciertamente el hombre encuentra su plenitud más profunda recién cuando es admitido y aceptado como persona, incondicional y definitivamente, incluso más allá de la muerte. Tal amor absoluto puede dárselo solamente Dios, y así sucede cuando El mismo se dona al hombre, cuando recibe a éste en su comunión y amistad y lo deja participar de su vida divina. Donde esto sucede en el Espíritu Santo, allí hablaremos de gracia en el sentido propio de la palabra. La Escritura habla de ello cuando dice que el Espíritu Santo habita en nuestros corazones y que nosotros somos templos del Espíritu Santo ( 1 Co.3,16; 6,19). A través de esa comunión y amistad con Dios, por el Espíritu Santo, nos asemejamos a Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre; nos transformamos en hijos e hijas de Dios, que pueden invocar y llamar a Dios como a su Padre (Gál.4,6; Rom.8,15) y que como hijos de un Padre y hermanos en Jesucristo, en el Espíritu Santo, deben y pueden recibir a todos los otros como hermanos y hermanas. Esta libertad para Dios y para los otros es la verdadera libertad cristiana que nos da el Espíritu como anticipo y pre-gustación del Reino de libertad escatológico.

Tal amistad divina se proyecta de las más diversas maneras. La acción del Espíritu Santo se muestra, en primer lugar, en el hombre mis-

mo. El Espíritu Santo lo sana y lo salva, lo hace sano e íntegro, suscitando en el mismo hombre el orden, la disciplina y la medida. Los frutos del Espíritu se muestran también en la servicialidad, la actitud de reconciliación, la abnegación, pero también en el compromiso por la justicia. Sin estos frutos la vida sería hueca y vacía. El Espíritu realiza, además, la amistad y la comunión con Jesucristo. El se manifiesta de alguna manera en la lectura y la meditación de la Escritura y en el esfuerzo por el seguimiento de Jesucristo en el espíritu del Sermón de la montaña, en la comunión con Cristo en los sacramentos, a través de los cuales, por decir así, Jesucristo nos sale al encuentro corporal y concretamente. Finalmente, el Espíritu produce alegría en las cosas de Dios, en la liturgia y en la oración. Puesto que solamente la comunión con Dios es la última plenitud del hombre, y según la experiencia y el testimonio de todos los santos, aquel que se abre al obrar del Espíritu se llena de una profunda paz interior, de consuelo y de alegría.

Naturalmente todos esos efectos del Espíritu Santo son sólo el comienzo y el anticipo de la perfección final. A la experiencia del Espíritu también pertenece el dolor por este mundo aún imperfecto, el sufrir bajo el poder del mal en sus variadas formas, las experiencias de injusticia, rechazo, persecución e incluso el martirio, que hoy es para muchos cristianos de distintas partes del mundo una realidad y perspectiva concreta. En tales situaciones, presentes de una u otra manera en la vida de todo cristiano, el Espíritu es Espíritu de fortaleza, aquel que da la fuerza para soportar y resistir, presta valentía e intercede a favor de Cristo y de su Reino, a pesar de todas las resistencias. El es —y no en último lugar— fuerza en el sufrir y el morir. No en vano en el Medioevo muchos hospitales fueron llamados hospitales del Espíritu Santo.

### **3. La Iglesia, lugar y sacramento del Espíritu**

El obrar del Espíritu es de una universalidad tan vasta que apenas alcanzamos a imaginar. El sopla donde quiere (Jn.3,8), y frecuentemente allí donde menos lo esperamos. El Espíritu Santo no es ningún Espíritu vago e ilusorio, ni tampoco un espíritu cósmico indeterminado. El es el Espíritu de Jesucristo, el que debe actualizar la palabra y la obra de Jesucristo en la historia.

Por eso la obra a través de hombres enviados por Jesucristo, por medio de palabras y de gestos humanos. El signo de Jesucristo en el mundo es la Iglesia, la comunidad de los creyentes en Cristo. La Iglesia es lugar y

sacramento, es decir, signo e instrumento del Espíritu Santo. El Espíritu quiere hacer presente a Jesucristo en el mundo actual a través del anuncio de la Palabra de Dios, a través de los sacramentos, especialmente de la Eucaristía, y a través de la vida íntegra de la Iglesia. Por eso suscita continuamente ministerios y carismas, en cuya interacción y comunidad debe ser construída la Iglesia como Cuerpo de Cristo.

Según San Agustín, el Espíritu es el alma de la Iglesia, es decir, su principio vital, a partir del cual ella siempre se renueva y rejuvenece. El Espíritu, que es el amor de Dios en persona y la comunidad eterna entre el Padre y el Hijo, es también el principio y la fuente de la unidad de la Iglesia en la fe y en el amor. El es quien la urge continuamente a percibir los signos de los tiempos y a avanzar en nuevos campos misioneros. Del mismo modo, El es quien una y otra vez le recuerda su comienzo y su permanente fundamento en Jesucristo, y la mantiene en la fidelidad a la misión que se le confió de una vez para siempre. Su tarea es, como lo dijera Ireneo de Lyon (muerto hacia el 202), actualizar una y otra vez a Jesucristo en su novedad, y así mantener a la Iglesia joven y fresca.

El Espíritu Santo no es ningún Espíritu de novedad, sino más bien de permanente renovación a partir de la fuerza del origen, del Evangelio de Jesucristo. Lo decisivo en este proceso no es lo extraordinario y lo espectacular, sino en primer lugar la fidelidad cotidiana, el gran amor y no últimamente, la fuerza y la grandeza en el sufrimiento. Tanto el cristiano en particular como la Iglesia en su conjunto pueden obrar en el mundo de muchas maneras: a través de influencias humanas, del saber, del quehacer humanitario y muchas otras formas más; pero ellas estarán vacías y huecas si les falta el Espíritu Santo y santificador. Porque según la definición del apóstol San Pablo (Rom.8,14), solamente los hijos de Dios son los que se dejan impulsar por el Espíritu divino y renuevan continuamente su propio espíritu. Allí donde ocurra esto despunta la nueva creación y se ponen signos serios de esperanza. Esta es la vocación tanto de la Iglesia en su conjunto como de cada cristiano en particular.